

FELIPE RINALDI, Pbro.

RECTOR MAYOR DE LA CONGREGACION SALESIANA

**EL PADRE SANTO PÍO XI
Y EL BEATO JUAN BOSCO**



BARCELONA
ESCUELA TIP. SALESIANA
1930



EL PADRE SANTO PÍO XI Y EL BEATO JUAN BOSCO

Amadísimos Hermanos e Hijos en Nuestro
Señor Jesucristo:

I

Dos acontecimientos inseparables

Hemos comenzado el nuevo año con el alma rebotante todavía de las innumerables y extraordinarias bendiciones y consuelos que nos trajeron la Beatificación de nuestro Fundador y las Bodas de oro sacerdotales del Padre Santo Pío XI. No es menester refrescaros la memoria de ellas, porque todas las tenemos grabadas en el corazón, no sólo como simple recuerdo de bendiciones y consolaciones pasadas, sino como estímulos perennes de mayor perfección religiosa y de más lozana actividad en el bien obrar en nosotros y

en cuanto nos rodea. Estos dos memorables acontecimientos, de donde siguen manando a raudales esos consuelos y bendiciones, son inseparables: la Beatificación de nuestro Padre brilla como piedra preciosa en la esplendidisima corona de las Bodas de oro sacerdotales del Papa; y éste, a su vez, ha hecho que aquella resplandeciera con todos los destellos de su incomparable belleza. Celebró el Pontífice la Beatificación con magnificencia real, ya con su Augusta Palabra, expresión genuina de su profunda convicción, tanto en las audiencias más solemnes ante millares y millares de peregrinos, como en las más íntimas, pero no menos solemnes que las primeras por la calidad de las personas de que constaban, en las cuales se ha dignado distribuir como recuerdo, más de 30.000 medallas del Beato, alentando a todos a su imitación; ya en sus últimas Encíclicas, brotadas de su gran corazón lleno de solicitud y ternura hacia la Iglesia y hacia las almas, como magnifico himno de gratitud a Dios por el fausto cumplimiento de sus bodas sacerdotales tan fecundas en preciosos y duraderos frutos.

En los *Actos del Capítulo Superior* (N.º 48, pág. 748 y sig. y n.º 49, pág. 787 y sig.) se publicaron ya las conmovedoras Alocuciones pronunciadas por el Padre Santo el 19 de marzo y

el 20 de abril del año pasado en honra de nuestro Beato; y en mis Circulares de dichos números me esforcé por llamaros la atención hacia los puntos más importantes. Ahora nuestros «*Actos*» deben también narrar y conservarnos cuanto Su Santidad ha escrito sobre nuestro Beato en las últimas Encíclicas del año jubilar.

II

Un gran medio de santificación

En la Encíclica sobre la difusión de la práctica de los Ejercicios Espirituales, con fecha del 20 de diciembre—justamente el quincuagésimo aniversario de su primera misa—, para demostrar las ventajas y frutos que produce dicha práctica, de hoy más, obligatoria para el clero, entre otras cosas importantes dice:

«Así lo han comprendido siempre los sacerdotes más celosos, así lo han practicado y enseñado todos los que se distinguieron en la formación de las almas y en la dirección del Clero; como, para citar un ejemplo moderno, el Beato José Cafasso, que recientemente hemos elevado a los honores de los altares, el cual se valía cabalmente de los Ejercicios Espirituales para santificarse a sí mismo y a sus hermanos en el sacerdocio; y

precisamente al terminar uno de esos Retiros, con segura intuición sobrenatural, pudo indicar a un joven sacerdote, penitente suyo, el camino que la Providencia le señalaba, y que le condujo después a ser el Beato Juan Bosco, *para el cual no hay elogios suficientes**

¡Una sencilla mención, como dicha de paso, que concluye con un elogio incondicionado a nuestro Beato: *Cui nomini nullum par elogium!* Este elogio en una Encíclica al Orbe católico acerca de la importancia de una práctica introducida por N. S. Jesucristo para bien de sus seguidores: «Venid aparte a un lugar solitario y descansad allí algún tanto» (*Marc. VI-31*) y por consiguiente práctica eminentemente evangélica; no lo hizo al acaso el Padre Santo. Él, que había tenido la dicha de penetrar un fantico en el alma del gran apóstol de la juventud, y de medir la santidad allá escondida, aun entre el torbellino del incesante trabajo; Él, que debió de recoger de sus labios palabras, por ventura reveladoras de muchos acontecimientos futuros, que entonces se le grabaron en lo más hondo de su poderosa inteligencia, como sepultados, hasta que la luminosa realidad presente volviera a llamarlas a resurrección; Él, el Papa, digo, que en calidad de Vicario de Cristo quiso informarse minuciosamente

de la vida, y escritos, y obras de D. Bosco al nombrarlo en la Encíclica sobre los Ejercicios Espirituales, me parece que ha querido recordarnos a nosotros y a todos los educadores cristianos que *en el Método inspirado, estudiado, experimentado, enseñado y transmitido en herencia por el Beato a sus hijos, los Ejercicios Espirituales constituyen uno de los medios más eficaces para mejorar cada vez más a la juventud, y de ella formar paulatinamente verdaderos cristianos para toda la vida.*

Desde el principio de su misión, ha empleado nuestro Beato todas las industrias para hacer partícipes a algunos de sus oratorianos de este gran medio de santificación, y obtuvo del Beato Cafasso licencia para llevar a varios al Santuario de San Ignacio, en Lanzo, en sustitución de algunos seglares que allí tenían un lugar, pero que por diversos motivos no aprovechaban. Mas esto, era muy poco para su celo. Por eso, desde 1847, cuando los internos del incipiente Oratorio eran apenas cuatro o cinco, al encontrar predicador en la persona del Doctor en Teología Federico Albert—muerto después en olor de santidad siendo Vicario de Lanzo,—reunió a unos veinte jóvenes externos, e hizo los primeros Ejercicios cerrados: es a saber, los tuvo consigo durante todos aque-

llos días y consiguió de ellos abundantes frutos.

Dispuso, pues, que tal práctica se repitiese anualmente para los internos; y a ella admitía cierto número de externos, escogidos de entre los que más la necesitaban. Bien hubiera deseado que en ella hubieran tomado parte todos los jóvenes de sus Oratorios; pero no siendo posible por falta de local y medios, organizó en 1849 los Ejercicios Espirituales públicos en la iglesia de la Misericordia. Por su actividad y celo infatigables, resultaron una verdadera misión; pero el Beato se convenció de que los verdaderos frutos de duradera y cada vez más progresiva santidad, sólo debían esperarse de los Ejercicios Espirituales cerrados.

De esta suerte los Ejercicios Espirituales anuales para los niños, pasaron a ser parte de su Sistema Educativo, y esta bendición se propagó por dondequiera estamos establecidos los Salesianos, que al presente, en nuestros colegios, predicamos a los niños más de un millar de Ejercicios Espirituales en completo retiro. Con todo, el Beato plasmó estos Ejercicios a su manera, adaptándolos a la índole de los niños; de suerte que, excluidas las rígidas imposiciones, cada cual se conformase voluntaria y alegremente a la disciplina del recogimiento y continuidad de las prácticas esen-

ciales. Los simplificó cuanto le fué posible; y dando de mano a los muchos métodos para lo mejor, se contentó con realizar lo bueno con la naturalidad de Jesús entre sus discípulos. Nada abstruso en los sermones: sólo las verdades eternas, iluminadas por la sencillez del Evangelio y de la gracia divina.

Creo, hijos míos, interpretar el pensamiento y deseos del Padre Santo, exhortándoos fervidamente a conservar con sincero afecto la práctica de los Ejercicios Espirituales para todos los niños de nuestras casas: estudiantes y artesanos. Tengan, pues, escrupuloso empeño los Inspectores y Directores en procurar que un buen número de oratorianos pueda también aprovecharse cada año del tesoro de los Ejercicios Espirituales cerrados, «donde con mayor facilidad se obtiene la separación de toda criatura, y en el silencio y soledad piensa el alma únicamente en sí y en Dios.» Vélese, con todo, para que este sagrado retiro se practique realmente como conviene, y que no se convierta en simple costumbre practicada sin entusiasmo ni energía interiores, y por lo mismo, con poco o ningún fruto espiritual.

(Enciclica "*Mens nostra*").

III

Soldados de Cristo

En la Encíclica «*Quinquagesimo anno*» del 23 de diciembre pasado, en la cual el Padre Santo se complació «como haciendo el balance de estos doce meses, en conmemorar con mayor amplitud los grandes beneficios otorgados por Dios al pueblo cristiano», colocó en lugar señalado la Beatificación de D. Bosco. Leamos con veneración sus palabras, rebosantes del afecto y devoción más suaves hacia nuestro Beato: «... ¿De qué manera (dice el Papa) podremos describir el consuelo que nos inundó, cuando, después de haber colocado a Juan Bosco en el número de los Beatos, lo veneramos públicamente en la misma Basílica Vaticana? Pues refrescando la grata memoria de aquellos años, cuando en el alba de Nuestro sacerdocio, *gozamos de la sabia conversación de varón tan excelso*, admirábamos la misericordia de Dios, verdaderamente admirable en sus Santos,» porque con tanta anticipación y providencia había contrapuesto el Beato a hombres sectarios y nefastos, conjurados para minar los cimientos de la religión cristiana y abatir con afrentosas

acusaciones la Suprema Autoridad del Romano Pontífice.

» Y en verdad, él, que desde niño solía reunir a otros de su edad para rezar con ellos y aleccionarlos en los elementos de la doctrina cristiana, al llegar al sacerdocio, empezó a encaminar todos sus pensamientos y solícitudes a la salvación de la juventud más expuesta a las arterías de los malvados; a granjearse el aprecio de los niños para mantenerlos alejados de los peligros, instruirlos en los preceptos de la ley evangélica, y formarlos en la integridad de costumbres; a buscarse compañeros para el desenvolvimiento de obra tan vasta, y esto con tan feliz suceso, *que ofreció a la Iglesia un nuevo y nutridísimo escuadrón de soldados de Cristo*; a la fundación de colegios y talleres en Italia y en el extranjero para la formación de los niños en las ciencias y en las artes; y finalmente a enviar gran número de misioneros que propagarán entre los infieles del Reino de Cristo.

» Recordando Nos todas estas cosas durante aquella visita de la Basílica de San Pedro, no sólo reflexionábamos con qué oportunos auxilios suele el Señor ayudar y fortalecer a su Iglesia, especialmente en tiempos de adversidad; pero también Nos venía a las mientes como, por espe-

cial providencia del Autor de todo bien, el primero a quien habíamos decretado el honor de los altares, después de la conclusión del pacto de la ansiadísima paz con el Reino de Italia, había sido Juan Bosco; el mismo que, deplorando hondamente la violación de los derechos de la Sede Apostólica, se había esforzado muchas veces para que, reintegrados tales derechos, se arreglara amigablemente aquella dolorosísima disensión que había arrancado a Italia del paterno abrazo del Pontífice.»

Hijos míos, agradezcamos de todo corazón al Padre Santo el nuevo y afectuosísimo testimonio, dado ante el mundo entero en el documento que más directamente se relaciona con su Sagrada Persona, de los sentimientos de su altísima veneración hacia nuestro Beato; y prometámosle esforzarnos cada vez más para que «*el nuevo escuadrón de soldados de Cristo*» ofrecido a la Iglesia por el Beato, sea en realidad *nutridísimo y el primero de todos en la obediencia y amor al Vicario de Jesucristo.*

IV

Los representantes de las Misiones ante el Papa.

Como véis, queridísimos Hermanos e Hijos, todas estas cosas encierran tesoros de bendiciones y consuelos para lo presente y lo porvenir; y me habría remordido la conciencia no habérselas presentado como son, aun porque no hubiera sabido cuál omitir que fuese menos importante para nuestra Sociedad. Os digo esto, porque mi primer intento fué el de ser breve para llamaros especialmente la atención sobre tres recomendaciones del Padre Santo a todos los Misioneros católicos y, de rechazo, también a sus Hermanos y Cooperadores. Particularísima importancia revisten para nosotros estas recomendaciones; porque nos repiten con la misma voz del Vicario de Jesucristo las enseñanzas que nos legó nuestro Beato Fundador. Reclamamos, pues, toda vuestra atención a cuanto voy a exponeros: es más, deseo que los Sres, Inspectores lo hagan traducir (a ser posible toda la circular) a las respectivas lenguas, para que cada hermano tenga un ejemplar a su disposición. El seis del próximo pasado diciembre, los Procuradores Generales y Delegados de las

Ordenes y Congregaciones religiosas, encargadas de Misiones, fueron recibidos por el Padre Santo en audiencia especial. Presentólos al Papa el Emmo. Cardenal Guillermo Van Rossum, Prefecto de la Sgda. Congregación de Propaganda Fide, acompañándolo en la vuelta que dió para pasar ante todos los presentes—unos 80 religiosos—e informándolo de la procedencia de cada una de las misiones que representaban. Leyó después ante el Papa, sentado en el trono, un breve saludo, para expresar en nombre de todos los allí presentes, y de sus Superiores y compañeros de Misión, las más fervientes felicitaciones y augurios por el fausto cumplimiento de su Año Jubilar.

V

Tres recomendaciones del Sumo Pontífice.

El Padre Santo respondió con un discurso, en el cual, después de haber agradecido la visita, augurios y plegarias que se elevan al Cielo por El; después de haber declarado que aquella audiencia bien podía llamarse la más hermosa de todo el año jubilar, la más querida de Su Corazón, por cuanto la constituían representaciones del Apostolado de la Iglesia Católica en la forma más am-

plia y efectiva, es a saber, representantes de los Misioneros, que es decir los más activos continuadores de la propagación del Reino de Dios, los más señalados ejecutores del *euntes docete omnes gentes baptizantes eos in Nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti (Mat. 28-19)* manifestó que de buen grado aprovechaba aquella ocasión para declararles algo de interés verdaderamente vital para el bienestar de las Misiones. Se apresuró, sin embargo, Su Santidad a añadir inmediatamente que aquellas recomendaciones las daba, no con miras a una real y verdadera necesidad, sino porque eran expresión de pensamientos habituales en El, siempre que pensaba en las Misiones o leía relaciones referentes a su desenvolvimiento.

Por lo tanto, mientras el Sumo Pontífice creía bien no dejar pasar tan solemne circunstancia, como la de aquella audiencia, sin expresar por completo sus sentimientos, suplicaba al mismo tiempo a los circunstantes que en esta ocasión hicieran de *altavoces* procurando con voz potente que, junto con la Bendición Apostólica llegase a los Misioneros dispersos por las más remotas regiones, su Palabra paternal, confortante y amonestadora, para mayor incremento de la actividad misionera.

Tres fueron aquellas recomendaciones y a todas las consideraba el Papa igualmente de suma importancia.

La primera fué que *las Misiones de ninguna manera deben hacer nacionalismo*, sino exclusivamente catolicismo, apostolado; su obligación es servir a las almas, y sólo a ellas. El nacionalismo siempre ha sido un azote para las Misiones; más aun, no es exagerado llamarlo una maldición. En todos los misioneros, y aun en cuantos de cualquier manera intervienen en el apostolado, desde el último sacerdote hasta el Papa, el nacionalismo aunque alguna vez parezca que ha producido ventajas, con el andar del tiempo ha terminado por no acarrear más que daños. Y a la verdad, —proseguía Su Santidad,— los misioneros que trabajaran por otra bandera que no fuera la de Jesucristo, se harían incapaces de ganar prosélitos al Cristianismo; porque mientras el espíritu del verdadero misionero es espíritu de caridad que atrae, el del nacionalismo es egoísta, y tiene de suyo una fuerza de repulsión que aleja.

Estése pues, muy alerta.—insistía el Padre Santo —para no dejarse vencer por un desmedido amor patrio, ni por la protección de las autoridades, ni por miras de facilidades terrenas y socorros pecuniarios; mas ténganse puestos los ojos

única y exclusivamente en las almas para encaminarlas al cielo.

La segunda recomendación fué *la de que las misiones y los misioneros deben entender única y particularmente en las cosas de Dios*; pues, como dice el Apóstol, ninguno de los que militan por Dios debe entrometerse en negocios del siglo: *nemo militans Deo, implicat se negotiis secularibus. (II-Thim.-24)*. A los misioneros no se les borre nunca de la memoria que han ido a lejanos países para ganar almas a Cristo; no para entregarse al cuidado de negocios y asuntos terrenos. ¡Almas, almas quiere Nuestro Señor; no dinero! No amplificó mucho este punto Su Santidad, porque, confiando que sus oyentes le entendían el pensamiento, citó el conocido proverbio: *a buen entendedor, pocas palabras*. Y confirmaba lo dicho recordando la otra expresión evangélica: *Nadie puede servir a dos señores. (Mat-VII-24)* porque si ama al uno necesariamente odiará al otro.

La tercera y última recomendación fué que las misiones, las obras misioneras, y los misioneros deben recordar lo que fué el último pensamiento, la última recomendación, la última plegaria de Jesús al Padre antes de terminar su vida mortal; es a saber, *la unidad*. Más que una recomenda-

ción fué una explícita plegaria, lo que hizo Jesucristo al Padre, como para indicarnos que este espíritu de unidad es realmente un don de Dios: *Ut omnes unum sint, sicut Tu, Pater, in Me et Ego in Te, ut et ipsi in Nobis unum sint!* (Juan XVII-21). Dícese también que la unión hace la fuerza, y que la fuerza resultante de la unión es garantía de victoria.

Esta unión—añadió el Papa—debe existir, no sólo entre religiosos de una misma casa o Congregación, pero también entre Congregaciones y Congregaciones, para que no acaezca que los religiosos de una impidan los trabajos de los de otra.

Bien está una santa porfía por obtener frutos en la viña del Señor a quién más y mejores; pero celos y envidias, jamás.

Recomendaba, pues, el Padre Santo con toda su paternal insistencia, que todas las Misiones y los misioneros todos tengan siempre por mira unión de pensamientos, unión de corazones y unión de voluntades; para que de esta unión de sentimientos nazca la de las acciones, en la cual consiste el secreto de todo buen suceso.

Con estas recomendaciones daba el Sumo Pontífice la Bendición Apostólica, que hacía extensiva a todas las Congregaciones y a todas sus

obras, en especial a las Misiones; y encargaba de nuevo a los presentes que, por medio de sus Superiores inmediatos, fueron para los misioneros de la propia Congregación los *allavoces* de Sus deseos y recomendaciones.

VI

Así lo quería nuestro Fundador.

La insistencia del Papa en que todos los presentes a la audiencia fuesen otros tantos *allavoces* en la repetición de sus pensamientos y deseos a los misioneros y demás miembros de las Ordenes o Congregaciones religiosas por ellos representadas, bien a las claras demuestra cómo El entendía dar suma importancia a estas tres recomendaciones.

Será, pues, conveniente que cada Director lea en conferencia el breve resumen antedicho del discurso del Papa, y tome de él argumento para varias instrucciones. La forma indirecta y taquígráfica nos lo presenta incompleto y como sin vida; pero hay en él materia para varias conferencias, con las cuales arraigar en nuestros corazones las verdades fundamentales de nuestro espíritu salesiano y de nuestro método educativo.

Y a la verdad, tan a pecho le estaban a nues-

tro Beato Padre las tres cosas recomendadas por el Sumo Pontífice, que las quiso identificadas con el espíritu de la Sociedad fundada por él. En su vida, el nacionalismo ni se nombra; antes lo excluye en absoluto, aun de hecho; por la sencilla razón de que él se había propuesto, y lo cumplió heroicamente, mantenerse del todo ajeno de toda política, madre natural del nacionalismo. La política divide a los ciudadanos de una misma nación en partidos que se hostigan mutuamente para el triunfo de sus ideas y opiniones; y el nacionalismo, por cuestiones políticas también, separa con barreras infranqueables a una nación de otra nación. Es, pues, evidente que la política y el nacionalismo no pueden ser sino *azote y maldición*—como dice el Papa—de toda fecundidad y actividad del apostolado que se consagra a la difusión del Reino de Dios mediante la educación de la juventud y las misiones.

Por esto, en la segunda redacción de las Reglas de nuestra Sociedad, presentadas en 1864 a la Sgda. Congregación de Obispos y Regulares, había incluido nuestro Beato Padre el artículo siguiente: «7—Es principio admitido, y que se practicará invariablemente, que todos los miembros de esta Sociedad *se mantengan rigurosamente ajenos de todo lo referente a política*. Por

lo tanto, ni de palabra, ni por escrito, sea con libros o folletos, no tendrán nunca parte en cuestiones que, aunque indirectamente, puedan comprometer en punto a política.» (*Memorias Biográficas VII-874*).

La Sgda. Congregación de Obispos y Regulares aconsejó la supresión de dicho artículo; no ya porque la Iglesia se opusiera a semejante prescripción, sino porque, habiéndose enunciado de manera demasiado general, se hubieran debido añadir algunas aclaraciones que entonces la prudencia desaconsejaba. (*Memorias Biográficas III-487*). Con todo, aun después de suprimido, nuestro Padre lo practicó constantemente y lo hizo observar por los suyos, como parte vital de la Sociedad, prohibiendo la lectura de diarios, la participación en manifestaciones de carácter político, y especialmente las disputas de nacionalidad entre los socios.

Otro tanto han hecho hasta hoy sus sucesores. Ahora la palabra del Papa nos llama la atención para que evitemos el peligro de vernos envueltos en la marejada de las actuales competencias nacionalistas. Nada, pues, de política, nada de nacionalismos, nada de negocios materiales; sino sólo almas, en la unión más íntima de corazones en Jesús y en la Iglesia, conservando y practi-

cando y difundiendo el espíritu heredado de nuestro Padre.

Este espíritu es esencialmente universal, católico con la catolicidad de la Iglesia, sin distinciones ni separatismos nacionales; cosa que no impide trasplantar doquiera y seguir las principales tradiciones paternas, informadas del ambiente de su país de origen, Este espíritu del Padre ha tenido y debe tener por única mira la salvación de las almas, no los negocios mundanales. «*Querite primum Regnum Dei et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis*» (Mat.-VII-33.) proclamó solemnemente el Divino Salvador; y nuestro Beato nos ha enseñado a pedir al Señor la realización del divino precepto: «*Da mihi animas, cætera tolle*»: «Buscad almas, no dinero, ni honores, ni dignidades.» (Recuerdos a los primeros misioneros 1875). Este espíritu vive únicamente de la verdadera unión de nuestros corazones en recíproca y fraterna caridad: *ut diligatis invicem* (Juan XIII-34). ¡Con cuánta razón puede repetirnos nuestro Beato estas divinas palabras: Amaos mutuamente como yo os he amado a cada uno de vosotros! Este amor recíproco es lo que produce la unión pedida por Jesús para sus Apóstoles en la última cena, y recientemente tan recomendada por el Padre Santo a todos los Misioneros.

(Cfr. *Atti del Capitolo* N.º 48 pág. 736 y N.º 50 pág. 798 y sig.)

De manera particular os llamo la atención sobre el N.º 10 de los Recuerdos del Beato a nuestros Misioneros, pero que viene bien a todos: «*Amad, temed y respetad a las demás Ordenes religiosas y hablad siempre bien de ellas. Es éste el medio de granjearos la estimación general y de fomentar el bien de la Congregación.*» Otra página luminosa se puede leer a este propósito en las circulares del Beato sobre las lecturas con fecha de Todos los Santos de 1884. (Cfr. *Lettere Circolari di D. Bosco e di D. Rua ed altri loro scritti ai Salesiani dell'anno 1896*, en la página 19. Este volumen debe estar en el Archivo de todas las Casas).

Reine, pues, este recíproco amor entre los Hermanos, entre las Casas, las Inspectorías, las Naciones y entre las demás Comunidades religiosas, para conservación e incremento del don divino de la unión entre todos los Apóstoles del Reino: *Ut unum sint!*

VII

**El cincuentenario
de la fundación de la Casa de Roma**

El cincuentenario, que este año se celebra, de la fundación de nuestra primera Casa en Roma, debe alentarnos a todos a fomentar más y más en nosotros y en nuestros subordinados la devoción al Sgdo. Corazón de Jesús. A la verdad aquella fundación está vinculada al Sgdo. Corazón; más, la quiso expresamente El, de quien, para perenne recuerdo, ha tomado el nombre y título nobiliario. Desde el pontificado del angelical Pío IX, deseaba nuestro Beato Fundador abrir una residencia en Roma, ya por el mucho bien que se podía hacer a tanta juventud, ya para que nuestra naciente Sociedad se consolidara y difundiera con mayor seguridad al amparo de la Cátedra de San Pedro y bajo las paternas miradas del Vicario de Jesucristo. A este fin realizó nuestro Padre esfuerzos y tentativas; pero cuando se creyó cercano a la realidad, dificultades imprevistas daban al través con las negociaciones más penosas.

Así lo dispuso el Señor por sus fines de especial Providencia para con la nueva Congregación que iba suscitando en el seno de su santa

Iglesia. Antes de terminar Pío IX su larguísimo Pontificado, había iniciado en el Castro Pretorio la construcción de una iglesia como monumento mundial al Sgdo. Corazón de Jesús; pero se había visto precisado a interrumpir los trabajos por falta de medios. Su sucesor León XIII, los mandó reanudar y después suspender por igual motivo. Estos contratiempos afligian profundamente el corazón del Sumo Pontífice. Entonces el Sgdo. Corazón inspiró al Emmo. Cardenal Alimonda el pensamiento de sugerir al Padre Santo que confiase a D. Bosco la construcción de aquella Iglesia.

Vosotros, queridos hijos, conocéis el desenvolvimiento de la memoranda audencia del 5 de abril de 1880; la propuesta del Papa al Beato, y la pronta respuesta de éste, la cual es hoy, sin duda, saludable lección para nosotros: «Para mí-dijo el deseo del Papa es mandato; acepto el encargo que vuestra Santidad tiene a bien confiarme... No pido dinero; sino solamente su bendición con todos los favores espirituales que creyere oportuno concederme a mí, y a cuantos conmigo cooperaren a que el Corazón de Jesús tenga un templo en la capital del orbe católico...» Bien conocéis lo demás; es a saber, cuánto se haya

sacrificado D. Bosco para llevar la obra a feliz término,

Páreceme, con todo, poder hacer notar como Jesús mismo ha sido quien, disponiendo que su fiel siervo Don Bosco se encargase de levantarle un templo para santuario internacional en el centro de la Catolicidad, mientras Francia le construía el de Montmartre en París, ha querido, como si dijéramos, injertar en la Obra Salesiana la devoción a su Corazón Sacratísimo. Hasta entonces para Don Bosco y sus hijos la devoción al Sagrado Corazón se unificaba casi por completo con la del Santísimo Sacramento para no multiplicar las prácticas de piedad entre los niños, amantes siempre de la sencillez y claridad. Mas desde aquel día memorando, hasta el de su feliz tránsito al cielo, — el 31 de Enero de 1888 — se convirtió el Beato en incansable apóstol del Sagrado Corazón, difundiendo esta devoción en sus Casas y fuera de ellas, mandando publicar en el *Boletín Salesiano* artículos populares sobre este dulcísimo argumento por D. Bonetti primero (el cual nos dejó además aquella joya de libro titulado "*El jardín de los escogidos*," que merecería ser más conocido), y por D. Cerrutti después; familiarizando a sus jóvenes con la práctica de los *Nueve Oficios* y de la *Guardia*

de honor al Sagrado Corazón, mientras al mismo tiempo iba recogiendo los medios materiales para la construcción de la Iglesia en Roma.

Puede decirse que el principio de nuestra fundación en la capital del orbe católico produjo también un fuerte despertar general para intensificar la devoción al Sgdo. Corazón de Jesús. Desde el centro de la catolicidad y en nombre del Papa, la popularizó Don Bosco con todos los recursos que le sugirió el ardor de su caridad; y otro tanto hacían sus hijos dondequiera trabajaran. De esta suerte lo que en un principio fué chispita, se trocó en gran incendio que abrasó ante todo, en los grandiosos festejos por la consagración del Templo Romano, durante los cuales se conmovió el Beato hasta derramar lágrimas contemplando las maravillas que por medio de él había obrado el Señor, de las cuales, la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús era la última en orden de tiempo, pero en la finalidad de su institución se había convertido ya en la primera; y después, trece años más tarde, en los comienzos del nuevo siglo, en la solemnísimas consagración general al Corazón de Jesús, de toda la Congregación, con sus Inspeccionerías y Casas, Parroquias y Misiones, hermanos y alumnos, internos y externos, Cooperado-

res y Cooperadoras convertidos en otras llamas que en torno suyo, en su ambiente, irradiaba las crecientes maravillas de la devoción al divino Corazón.

He aquí el contributo que el Beato y su Sociedad ofrendaron a la difusión de este culto que al presente es, no sólo parte integrante de la vida de piedad en todas nuestras Casas y en cada uno de sus miembros, sino más: es la fuerza motriz de su incesante expansión. Además, esta devoción—que los Sumos Pontífices Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, felizmente reinante, han ido colocando gradualmente en la cumbre de las solemnidades litúrgicas y de los privilegios, y que es salesiana desde sus mismos principios—debe ser cada vez más profunda en nosotros, que tenemos la misión de educar; pues de ella aprenderemos el secreto de abajarnos hasta los niños y de tratarlos siempre con humildad, caridad, dulzura y suavidad.

Que el cincuentenario de nuestra residencia en Roma nos aliente a procurar que resplandezca con mayor luz y calor en nuestras Casas, entre nuestros niños y jóvenes, esta potente devoción, y recogeremos maravillosos frutos de vocaciones apóstolicas y de santificación de todos.

VIII

Por la causa de Domingo Savio,
y la última Enciclica del Papa.

Otro estímulo de nuestra actividad en el bien obrar para nuestra santificación, y para la de los niños a nosotros confiados, nos lo ofrece la suspirada noticia de que el 1.º del próximo julio se reunirá la Congregación antipreparatoria para la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios Domingo Savio. Esperamos que la Santa Iglesia, que nos ha dado ya al Beato Don Bosco para modelo nuestro, pronto nos dará también para nuestros niños el modelo que vivió propiamente su vida en el mismo ambiente de los tiempos presentes, y que en sólo 15 años se santificó con el ejercicio de las más hermosas virtudes juveniles: en la inocencia de vida, en los extáticos ardores hacia Jesús Sacramentado, en la fervorosa plegaria para la vuelta de los hermanos separados a la unidad de la Iglesia, y en el apostolado del bien realizado para impedir la ofensa de Dios, asistir a los apesados y reconciliarlos con el Señor.

Roguemos todos por el feliz éxito de su Causa y difundamos con mayor ahinco entre los niños la devoción al angelical discípulo de nuestro Bea-

fo Padre, incitándolos a alcanzar de la particular y determinada intercesión de aquél, abundantes gracias y milagros para acelerarle la glorificación al honor de los altares.

Y ahora, hijos míos, no quiero terminar esta mi circular, sin manifestaros una novísima prueba de la amable Providencia hacia nuestra obra. Uno de los primeros días del mes de diciembre de 1887, nuestro Beato Padre, enteramente agotado ya por las fatigas apostólicas, quiso aún escribir algunos recuerdos para sus queridos Cooperadores. Después de varios consejos, que saben a paterna ternura de Santo, al pasar a la enumeración de las obras, que por última vez entendía recomendarles a su caridad, colocó en primer lugar—*la cristiana educación de la juventud*— como para dar a entender que no bastaba la cooperación material a sus obras, sino que se debía aspirar a la cooperación personal en la educación de la juventud en el seno de la familia, en la escuela y en la sociedad. En cinco palabras compendió todo el programa de su apostolado y de su obra.

Hoy, después de 43 años, estas cinco palabras son el título de una magnífica Encíclica del Santo Padre Pío XI, con fecha del 31 de diciembre de 1929, como último recuerdo de sus Bodas de oro sacerdotales, y dedicada con afecto singularmen-

te especial a la amada juventud y a cuantos tienen la misión y obligación de educarla. Esta Encíclica es, por consiguiente, de manera muy particular para nosotros y para nuestros Cooperadores. Y no me parece insignificante la fortuita coincidencia de tan importante argumento, recomendado por un humilde sacerdote en el lecho de muerte, y desarrollado años más tarde, por el mismo Vicario de Jesucristo para toda la cristiandad. Es mi deseo que todos tengáis un ejemplar de esta Encíclica, destinada a ser la *Carta Magna* de los educadores; y lo que es más, que la estudiéis y convirtáis en sangre y alma de vuestro apostolado.

Y para terminar os agradezco los augurios que en tan gran número me habéis enviado, y os certifico que os he correspondido paternalmente en las pobres plegarias que todos los días elevo al cielo por cada uno de mis amados Hermanos e Hijos. Pero lo que más me ha confortado, es la promesa, expresada casi en todas las felicitaciones, de querer practicar con fidelidad no sólo el *aguinaldo*, sino de rezar las cuatro invocaciones para obtener, por intercesión del Beato, sincera devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, verdadero amor a los niños y al trabajo, y unión cada vez más íntima con Dios. Esto nos

atraerá realmente las bendiciones del Señor y de María Auxiliadora sobre la Congregación y sobre cada uno de nosotros.

Rogad por vuestro afmo. in C. J.

FELIPE RINALDI, Pbro.